

RECAS BAYÓN, Javier. *Relámpagos de lucidez: el arte del aforismo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2014, 344 pp.

El interés por el aforismo en el mercado editorial en lengua española ha ido en aumento desde los años ochenta del siglo pasado, acabando por asentarse con firmeza a partir de la primera década del presente, tal como señala el reciente *Pensar por lo breve. Aforística española de entre siglos. Antología (1980-2012)* de José Ramón González (Gijón: Trea, 2013). Unido a esta demanda lectora, un esfuerzo en igual medida creciente ha impulsado a la crítica a enfrentarse de nuevo al viejo problema de su definición teórica y, en consecuencia, al mayor de los obstáculos que encuentra este esfuerzo: lo difuso de una etiqueta que trata de dar cuenta de una realidad líquida, insumisa ante los esfuerzos de abstracción desde poéticas particulares e históricamente tendente a discurrir por cauces muy diversos en lo relativo a su recepción literaria y a su carácter íntimo, estético, político, autoindagatorio o incluso ensayístico, en el sentido de Montaigne o en el de Adorno.

En la obra aquí reseñada, Javier Recas deja clara su posición ya a partir de la selección de autores –en sucesión cronológica desde Lao Tse hasta Emil Cioran¹ y, por tanto, desde

China en el siglo IV a. C. hasta el París de la segunda mitad del siglo XX– y el prólogo, donde se establece que el concepto de aforismo se «desarrolló y se transformó en fusión y confusión con otras formas de expresión breve» (p. 15) tales como la sentencia, el proverbio, la máxima, el precepto, el epigrama, etc. Esta posición implica la parcial renuncia a una definición concisa, a cambio de una mayor flexibilidad en el tratamiento de autores y obras y la puesta en primer plano del disfrute lector frente a la preocupación categorizadora. En efecto, el aforismo aparece en las páginas de esta obra acompañado indistintamente de etiquetas como «arte», «estilo», «género» o «forma de expresión», permitiendo que el foco se sitúe sobre una lectura razonada de estas «gemas de sabia lucidez» (15), desde la biografía de sus cultivadores, el *Zeitgeist* en que se desarrollaron sus vidas y pensamiento y sus referentes literarios, éticos o políticos.

François de la Rochefoucauld, Nicolas de Chamfort, Georg Christoph Lichtenberg, Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, Mark Twain, Ambrose Bierce, Antonio Machado y Antonio Porchia. Todos ellos varones, según se hace evidente, y aportando en conjunto un autor la literatura china y la grecolatina, dos la estadounidense, tres las producidas en lengua española (procedentes de España dos de ellos) y alemana y cuatro la escrita en francés (tres de los cuales nacieron y vivieron casi toda su vida en Francia). En todos los casos, los aforismos que figuran en *Relámpagos de lucidez* son ofrecidos en lengua castellana, citados desde distintas ediciones y traducciones.

1 Completan la nómina Marco Aurelio, Michel de Montaigne, Baltasar Gracián,

Este punto de partida flexible ofrece no obstante posibilidades que dejan intuir al lector cuáles podrían ser los fundamentos de una hipotética definición del aforismo. Mediante la yuxtaposición de la vida y la obra de algunos de los más ilustres cultivadores del género, se asientan las bases sobre las que es posible preguntarse por cuestiones como las relaciones entre subjetividad y poética, sentencia y verdad, o ética y estética. De cualquier manera, las líneas de desarrollo argumentativo que permiten esta constante aportación teórica están subordinadas en todo momento, resultando además en un enriquecimiento recíproco, a la que es la mayor preocupación de Recas: «hacer comprensible a cada autor (su vida, su personalidad, su filosofía...)» (23), convirtiendo así su obra en «una invitación a recorrer por cuenta propia el fascinante mundo del aforismo, y dejarse cautivar por la agudeza, la gracia y la hondura que late en cada uno de estos relámpagos de lucidez» (24).

Tras cerrarse el breve estudio crítico inicial con la exhortación a un disfrute casi gastronómico de los aforismos que desfilan por las siguientes páginas, los catorce escritores presentados reciben atención individualizada en sendos capítulos, de una extensión media de veinticinco páginas cada uno. Las referencias cruzadas entre estos son de todos modos constantes; justificadas por los propios gustos y lecturas que los autores desarrollaron en vida o bien por afinidades o contrastes estilísticos e ideológicos señalados por

Recas en su papel de crítico literario. Así, mientras que Marco Aurelio o Michel de Montaigne son abordados directamente tan solo en los capítulos que les corresponden, algunos de sus aforismos, opiniones o preferencias aparecen en los ocupados con las obras de François de la Rochefoucauld o Friedrich Nietzsche, integrados en los análisis desenvueltos en torno a la producción aforística de estos últimos. En algunos casos, estas menciones son esporádicas y persiguen tan solo ofrecer pequeños matices enriquecedores; en otros, como sucede por ejemplo a raíz de los planteamientos compartidos por el pensamiento del propio Nietzsche, el de Arthur Schopenhauer y el de Baltasar Gracián, el trabajo comparatista incrementa su frecuencia, cobrando una mayor trascendencia sin eclipsar el protagonismo absoluto del autor cuyo nombre encabeza el apartado correspondiente.

La estructura de los capítulos, en coherencia con los objetivos perseguidos por Recas, se adapta a las exigencias impuestas por la biografía, el carácter y el estilo de cada uno de los catorce maestros del aforismo seleccionados en *Relámpagos de lucidez*. El desconocimiento de la vida de Lao Tse, «la gran distancia temporal, siempre deformadora» (25) que separa al lector moderno del momento en que fue compuesto el *Tao Te Ching* y la ausencia del moderno concepto de autoría en la China de las Cien Escuelas de Pensamiento convierten al Tao y la exploración de sus múltiples facetas en la sutura que mantiene unida la primera sección de esta obra. En

contraste, la biografía de Montaigne y sus viajes ofrecen un pretexto ideal para reflejar en fragmentos cuidadosamente seleccionados de sus *Ensayos* y sus cartas personales los rostros del relativismo, el subjetivismo y la independencia de pensamiento que caracterizaron al Humanismo y a la naciente filosofía moderna en la Europa continental del siglo XVI. Las páginas dedicadas al sedentario Georg Lichtenberg, para contextualizar y sopesar los «modestos fragmentos inacabados» (175) que componen su obra, se valen en ocasiones de las opiniones que su trabajo suscitó a admiradores futuros (de Wagner a Canetti, pasando por Tolstoi y Wittgenstein) y del contrapunto de las valoraciones más bien negativas que su propia persona y su incapacidad –o desinterés– por desarrollar un sistema filosófico les merecieron a contemporáneos como Kant o Goethe.

Por supuesto, pese a la diversidad de los procedimientos empleados, el aforismo es el denominador común que organiza cada uno de los capítulos. Del mismo modo que la información aportada acerca de los escritores y su medio suele venir ilustrada por sucesivos aforismos, es también posible entender que esa información funciona fundamentalmente como un acompañamiento que permite situar y comprender en toda su riqueza cada una de estas breves muestras de ingenio.

Así, nada podría dejar intuir de un modo más nítido el papel que Olivia Langdon tuvo en la vida de su esposo Mark Twain que sentencias como la siguiente: «Si volviera

a empezar de nuevo me casaría en la más tierna infancia en lugar de perder el tiempo partiendo dientes y rompiendo platos» (241). De un modo similar, conocer los sentimientos de Twain y su vida junto a Langdon hace posible sentir la hondura de fragmentos en los que lamenta la muerte de su mujer: «Los recuerdos que podían hacernos felices pasan y son los que nos parten el corazón los que permanecen» (246), o la de aquellos en los que un humorista de tal envergadura reflexiona sobre su ocupación, afirmando que «Todo lo humano es patético. La fuente secreta del mismo Humor no es la alegría sino la pena. En el cielo no hay humor» (249).

En casos concretos, como el de Antonio Porchia, el aforismo crece hasta convertirse en cierre o apertura para casi todos los párrafos escritos por Recas, quien opta más bien por glosar cada uno de ellos e incorporarlos a una trama que permite al lector configurar un perfil e incluso un retrato personal del autor en cuestión. Por supuesto, cuando esto sucede dicha caracterización resulta también un recurso óptimo para una presentación de los aforismos que contribuya a una lectura detenida y atenta de los mismos, frente a un consumo que, recuperando las expresiones culinarias de Recas, estuviese más atento a deglutir que a saborear. Asimismo, de esta manera resulta factible el ofrecimiento de un desarrollo argumentativo crítico en torno a los aforismos, sin que sea necesario para ello sacrificar el número de los que se recogen o un ritmo de lectura coherente con

los objetivos de Recas anteriormente expuestos.

Espontaneidad, flexibilidad en el estilo, un acercamiento original a la cuestión o la «capacidad para suscitar nuevas formas de comprensión» (14) son características identificadas en *Relámpagos de lucidez* como propias del género aforístico, pero serían también un resumen válido de lo que esta obra puede ofrecer a sus lectores. Como en las sentencias que en ella se recogen de Nietzsche, Porchia o Antonio Machado, la apariencia superficial de sencillez hace imposible dejar de percibir una profunda

riqueza de fondo. Si para Recas «Se olvida que una justificación es tan solo el instrumento de una idea» y el aforismo «obvia aquella para destilar el néctar de la reflexión» (14), *Relámpagos de lucidez* ofrece un amplio catálogo de destilados. Una vez degustados y asimilados, el lector se sentirá más próximo a la posesión de una idea clara de lo que es el aforismo, al tiempo que percibirá lo innecesario de dicha comprensión para disfrutar con su lectura.

Artur CASAS-AGILDA
Universiteit Leiden
artcaag@gmail.com